



Dríades María Cristina Preciado



Dríades

María Cristina Preciado

compuesto

De Ofelia y el agua

seguido por nueve

Dríades

Eva Leda Elvira Edith

Francesca Psiquis Ío

Eurídices

Universidad de Guadalajara

2007

La producción de *Dríades* fue posible por el bondadoso patrocinio de Patricia Etienne Loubet, Ricardo Sigala Gómez y Vicente Preciado Zacarías.
La autora agradece la irrepetible compañía de Martha Nápoles y Vladimiro; lectores primeros y sin segundo.

Primera edición, 2007

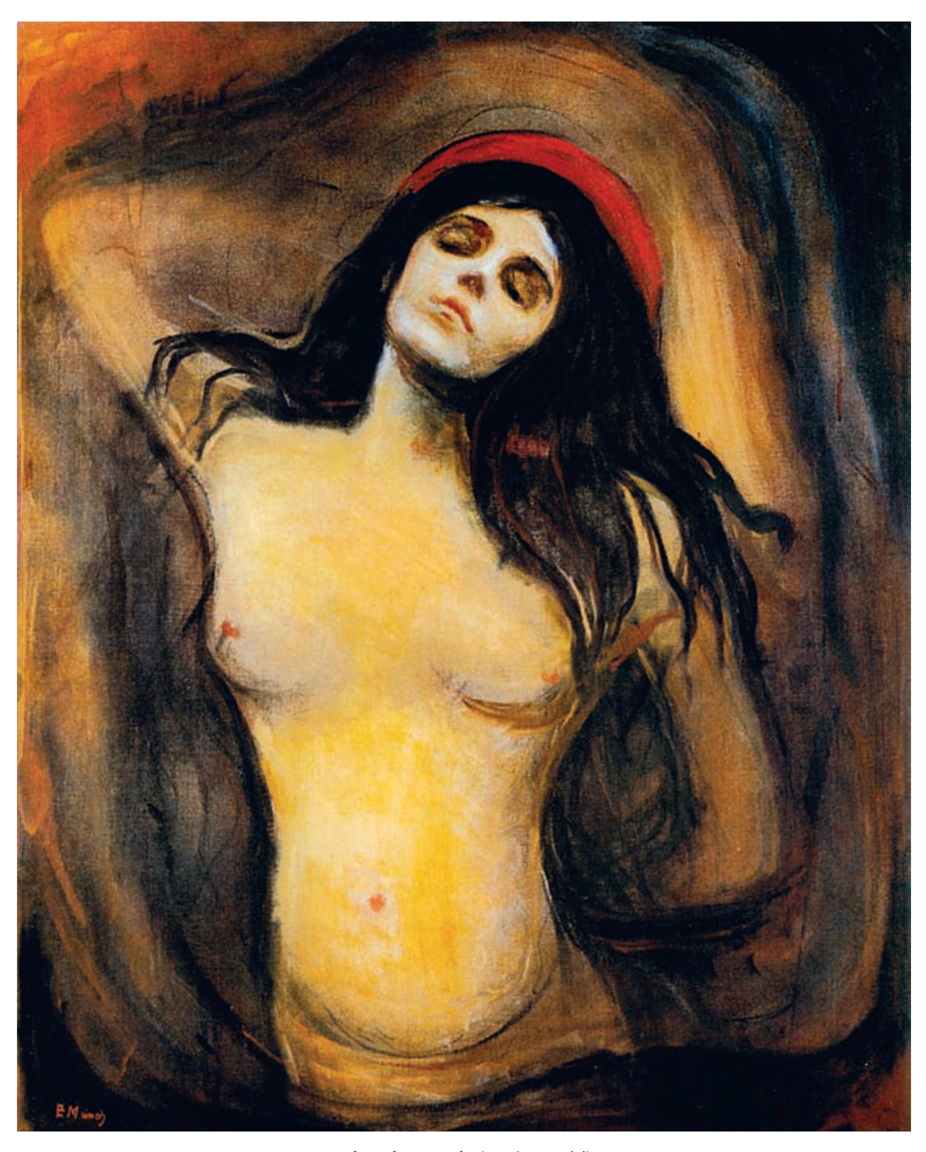
ISBN: 978-970-27-1308-1

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

A Rosa María

Alina sabía que siempre cuando se sumergía en el agua
o cuando por fin la besaban, siempre cerraba los ojos.
Lo sabía y no podía evitarlo.
Alina no lo comprendía y un día besó el agua a morir.
noviembre de 2004

De Ofelia y el agua



Edvard Munch (1863-1944)

Madonna, 1894-1895 [Óleo sobre tela, 91 x 70.5 cm] Nasjonalgalleriet, Oslo

Penetrada de la acuosa refracción de la luz que se derrama y comba el mundo
Despliego en tus superficies un remolino que sublima intermitentes naufragios
¿Dónde está la rugosa orilla de la que te llaman los que nacen
en el interminable pliegue lactescente de tus médanos?

Rosa de agua, debato en las bóvedas de tu cuerpo contenido
Corredores pasajeros que se cierran tras de mí
Y me amparan desde el abandono
«Plegaria de Ofelia»

1. El universo finito

El agua nos recuerda nuestro primer albergue en el mundo. Somos demasiado territoriales para reconocerlo, pero desde las habituales señales del hogar basta a veces un atisbo para que se nos devuelva al primer mundo. Y entonces miramos como si las presencias cobraran la reverberación instantánea de un paisaje visto a través de un vaso de agua; o bajo la refracción de una canica —aquellas que llamábamos aquamarinas—; o a la luz de otros *prodigiosos miligramos*, como aquel remiendo de celosía amarilla que duró toda una vida en el cuarto de un baño y que a ciertas horas de la ducha transfiguraba los cuerpos bajo el oro y la ambrosía que los ungían.

El primer mundo es el vientre materno. Reconozcámoslo, nunca ocurrió un verdadero destierro porque ni siquiera estábamos anclados en algún puerto, menos en tierra; había un cordaje, sí, pero nos sostenía arriba y abajo de quién sabe qué misterio. «Si es verdad que los únicos paraísos son aquellos que hemos perdido»,[1] el verdadero destierro no ha sido el signo de nuestro desamparo: ha sido negar nuestra naturaleza eminentemente acuática. Vernos obligados a respirar, por ello el llanto al nacer, porque convocamos en nuestros ojos el mundo visto a través del agua, y poco a poco aprendemos a desahogarnos. La realidad se nubla y uno llueve. Y entonces comenzamos a olvidar, pero el agua nos recuerda.

Sucede que de pronto aquella realidad presentida —dentro del vientre materno— como una continuidad horizontal y oblonga desaparece. Los límites de las cosas vistos a través del agua están entreverados por su finitud: el borde de los dedos se ilumina; el presagio de una caricia en la superficie del vientre apenas es una onda líquida que alarga sus anillos; los sonidos por más agrestes que parezcan, son un eco que se ahoga. El universo es un halo al alcance de la mano. Por ello cuando nacemos también no duele mirar, la realidad es vertical y parece no tener límites, se desborda.

---

[1] Albert Camus (1968). «Entre el sí y el no» en: *El revés y el derecho*. Buenos Aires, Argentina: Losada. trad. Alberto Luis Bixio: 39.

A media noche, cuando los tinacos de asbesto sacian sus paredes se llora igual que a otra hora, el Tiempo ahora es el que alarga las cosas, pero no las diluye. Sin embargo alguien de repente nos devuelve las flotaciones perdidas, la redondez del mundo en el espacio finito de unos brazos. Sí, no hay agua, *y sin embargo se mueve*.

Cuando llegan las primeras inmersiones en el agua doméstica —una tina o la regadera— son los brazos, el seno materno o el tronco y sus sargazos los que nos sostienen. Todo es demasiado claro, el retorno al primer mundo es momentáneo y la honestidad de esta agua nos agobia. Sin embargo el regazo posee a su modo espléndidas iluminaciones y el agua de pronto calla: al verla en la fronda estremecida de una cabellera «se la escucha temblar.»[2] Cuando cesa la caída del agua o uno se incorpora de la tina, la desnudez del cuerpo recobra por un instante el tembloroso resplandor de las escamas, las gotas de agua se desprenden bajo su propio ritmo —hilos de miel o mercurio— y se anegan apacibles en los accidentes del cuerpo.

Generalmente después de un baño el cuerpo se distiende, el olfato se despeja y percibe ese inconfundible aroma del agua de colonia y demás afeites que poco a poco serán flagrantes presencias, ráfagas instantáneas que nos devuelven al abrigo de un cuerpo que no es y ya no está, a sus *rosas etimológicas*, porque démonos cuenta, el perfume de los seres y las cosas nos restituye el mundo como una eterna sospecha; como una serie de presagios que invistieron a la primera inminencia de la vida que ni siquiera alcanzamos a comprender. Aquel día cuando respiramos por primera vez reconocimos las voces e identificamos la huella de un aroma entre otros. El olor se convirtió en el primer puerto de nuestra vida en tierra y desde aquella hora hasta que sigamos vivos, la respiración es una pausada afirmación que se reitera en nuestro pecho y vientre.

Decía pues que luego del baño hay un abandono placentero del cuerpo, el sueño nos invade las más de las veces y dormimos. Nadie como Rimbaud ha unido la ingravidez de un ahogado con alguien que duerme: «Y yo bogaba, mientras que a través de mis frágiles cordajes / ¡Los ahogados de espaldas, bajaban a dormir!»[3]

A su vez, la amante de e. e. cummings ataviada de sueño y de muerte se derrama en medio de la noche.[4] El agua precipita pasiones, el paso de su hidrografía

---

[2] Gaston Bachelard (1978). *El agua y los sueños*. México, DF: FCE: 283.

[3] *...Où, flottaison blême / Et ravie, un noyé pensif parfois descend [...] Et je voguais, lorsqu´ à travers mes liens frêles / Des noyés descendaient dormir, à reculons !*

[4] porque te amo)anoche / ataviada con encajes marinos / se me apareció / tu alma deslizándose / con un risueño montón / de perlas algas corales y piedras; / se elevó, y (hundiéndose ante / mis ojos) hacia dentro, huyó; suavemente / tu rostro sonrisa pechos engullidos / por la muerte; ahogados sólo / para volver a subir cuidadosamente a través de la profundidad / tus muñecas / muslos pies manos / irguiéndose / para volver a desaparecer por completo; / precipitándose suave rápidamente arrastrándose / a través de mis sueños / anoche, todo

traza en nosotros las huellas indelebles del placer: las hebras de agua siempre desembocan en las sinuosidades de un cuerpo desnudo. Y cuando llegue el tiempo en que las estancias en el cuarto de baño se prolonguen, la transfiguración de nuestro cuerpo sabrá que sus húmedas gravitaciones son otro rostro oscilante con el que se invisten los sueños.

II. La domesticación del agua

La domesticación del agua no la presenciamos muchos de nosotros, es decir, cuando nacimos *al pueblo hacía muchos años que lo habían hecho ciudad* y la circulación del agua en el hogar ya tenía venas de metal. A muchos, en medio de la urbe, nos queda como historia remota su tránsito ambulante, la larga travesía en busca de una piedra donde mane. Pero no nos engañemos, el agua más terrible es la olvidada, cuando sus venas abiertas se derraman sin sentido alguno. Tener el agua es reconocer su ausencia, hospedar en nuestras manos el espejismo que nos aclara; tener el agua es padecer su ausencia: la sed nos viene desde siempre y no hay acto más piadoso, en medio de toda desposesión, incluso de la vida, que dar de beber a alguien. El agua es franca «pero a quien no tiene aun lo que tiene se le quitará»[5] anunciaba Aquél cuyo primer milagro —según el Evangelio de San Juan— fue la conversión de agua en vino.

* * *

Transversal al hogar y a sus alrededores, el agua imprime su propio acento en las cosas. Hay una confabulación que nos impregna y lentamente van quedando sus voces como huellas de agua. Por eso, cuando nos alojamos por diferentes circunstancias en una habitación distinta al primer hogar, brota en nosotros un doble extrañamiento: se reconoce lo que no está y, en las horas de silencio el agua ajena filtra su voz bajo el eco escurridizo de un desagüe o la resonancia de una llave que chilla. El acento gutural del agua precede a la sensación atroz del abandono, en estos casos nos engulle, pero también hay otras horas de insomnio donde el agua provoca horas de desvelo: su sonido acentúa las cosas, las revela; a veces arrulla pero aclara, no es su voz sino la transparencia de las cosas lo que duele en la vida: el trago de realidad suele ser amargo, pero eso depende de nosotros. El agua aquieta las cosas, incluso la borrasca silenciosa del pensamiento, pero nunca miente. El agua nos mira desde su eterna inquietud.

Hay edades para el agua en el hogar. ¿Se dan cuenta? Las primeras veces frente

---

tu / cuerpo con su espíritu flotaba / (ataviado sólo con / el agudo y oscilante murmullo de la marea.

[5] Evangelio según San Mateo, XXV, 29-30 en: Sagrada Biblia, ver. Nácar y Colunga, Madrid, España: BAC, 1984.

al lavabo alguien nos sostenía del medio vientre y apretujados, respirando de a poquito, ayudábamos a enjabonarnos y a medio enjuagarnos. Por un momento, si había un espejo frente a nosotros, alguien era una cabellera reclinada que nos enmarcaba.

Luego vinieron los años del «yo puedo sola» y a medio pujido y siempre de puntitas, el jabón reducido a una masa viscosa que se untaba innumerables veces para verla a ella, al agua y el desparpajo a nuestros alrededores. Entonces la voz del «¿ya acabaste?, no la desperdicies» y uno ahí sin comprender por qué ella entregada nos causaba risa.

Asimismo se dieron graduales ascensos a la taza de baño. Pero aquí era distinto, pendulantes en medio del vacío, sobre todo en los inodoros fuera de casa, las marcadas precauciones que aprendimos, hicieron que conociéramos el asco. No obstante, en medio de la escatología también nos enseñaron la risa: acudimos al hundimiento de distintas naves sin tripulantes acompañadas de variables detonaciones.

El inodoro guarda en todas las edades una sensación de vacío que devora, de Escila portátil, porque después de arremolinar, engulle. Existen de hecho sentimientos encontrados hacia el inodoro, porque si bien el arremolinamiento de sus contenidos no merece su contemplación, la ausencia del mismo por un desperfecto en su funcionamiento acumula el agua estancada: el asco lo genera el agua turbia porque parece muerta.

Otro espacio del hogar cuyo gradual estancamiento del agua a veces generaba largas tardes de juego era la pila del patio. Claro, no la pileta en casa de los abuelos cuya cercanía a causa de su profundidad estaba siempre en estado de vigilia. Me refiero a la pila donde el largo de los brazos apenas se cubría de agua hasta los codos.

En temporada de lluvia el lavado de ropa se restringía a aquello que alcanzaba a secarse antes de las lluvias vespertinas y en algunas ocasiones, los maromeros, unos gusanitos negros y peluditos de lo que parecían antenas, se convertían en el fruto de la pesca y en los habitantes del efímero acuario: una jícara que luego quedaba abandonada en medio del patio. A veces, en la pila hasta nacía una lama finita, de color verde olivo, que perdía todo encanto fuera de la ebriedad del agua.

Poco después vino el tiempo de la lavadora cuya puerta traslúcida y lateral sustituyó muchas tardes la pantalla de televisión. El agua espumaba bajo el suave ronroneo de una máquina que con el desgaste de los años llegó a desplazarse varios metros al ritmo de un chapoleo espumeante y un centrifugado lleno de hipos.

Pero las máquinas nunca han desplazado del todo los hilos de agua que se escurrían por la ropa que traíamos puesta más que por la que estaba en proceso de lavado: el rito era una invitación a hacer compañía que se cumplía en el consiguiente desparramo. Sin duda, fuera de los roles que sean, a los niños les cautiva jugar a ser adultos. En la complicidad de una tarea hogareña o del aseo personal

—bañarse o regar el jardín— se irrumpe en el umbral del juego, la seriedad se diluye y en esos momentos el agua parpadea en gotecitas que silban e incluso cantan. En suma, la domesticación del agua ha desparramado en muchos de nosotros memorias que circulan por las tuberías, grifos, aspersores y regaderas por donde alguna vez el *oso de los caños* de Julio Cortázar[6] se apiadó de nosotros y nos hizo tanto bien.

Si los primeros entretenimientos de los que tenemos noción estaban mediados por el balanceo entre unos brazos o por una caricia a la que le seguía una mano y luego la risa, otro sentido de esparcimiento nos viene del agua desmelenada: las gotas de agua sin el rigor de su caída o la fragmentación de la luz bajo la órbita de un aspersor. Luego, vinieron en distintas dimensiones la *carne azul* de las albercas.

III. Azul y en plena fuga

Aunque es siempre la misma —incolora, insípida e inodora— nadie podría representar el agua, por eso desde niños la hemos pintado de azul. Otros en la historia de la pintura imitan la perplejidad de la luz sobre el agua en sus diferentes tesituras, entonces el agua se convierte en el verdadero lienzo.

En la música, el arte de los intervalos —el bien atemperado de Bach— instaura su arquitectura en un preludio al que le sigue una fuga: la vértebra musical de una fuga se sostiene en su polifónica discontinuidad. A su vez, el agua doméstica posee espléndidas fugas. Las fuentes son preludios en permanente fuga. Hubo un tiempo en que el árabe y el romano en el remanso de la paz y la hora de la abundancia tuvieron nostalgia del agua. Las acequias, los aljibes, los pozos abastecían los campos de riego: la fuente se convirtió en un recinto que proveía la contemplación, por ello se le colocaba en medio de las plazas o patios. Las fuentes amansan al espíritu y adormecen sus demonios. Toda fuente es eterna y somos nosotros quienes la convertimos en el agua lustral de nuestra juventud, por ello permaneceremos eternamente al borde de sus misterios.

El agua ornamental de las fuentes, como la fuga musical, fija su armonía en el vértigo irregular de su caída: en las efímeras babeles que reiteran el acento de sus voces. Vacía o estancada, una fuente muda está muerta.

* * *

La carne azul de las albercas es un *dedo mutilado del cielo*. El parentesco entre el agua y el cielo se remonta al segundo día de la creación del universo cuando Dios

[6] *Cfr.* Julio Cortázar (1986). «Discurso del oso» en: *Historias de cronopios y de famas*. Barcelona, España: Edhasa: 88-89.

dijo: «"haya firmamento en medio de las aguas, que separe unas de otras"; y así fue. E hizo Dios el firmamento, separando aguas de aguas, las que estaban debajo del firmamento de las que estaban sobre el firmamento y [...] llamó Dios al firmamento cielo.»[7] Las albercas, de hecho, son la génesis del otro cielo. Ahí también los brazos espigan el vuelo y *el remar de muslos epicenos*[8] crean glóbulos de luz. Cada alberca posee sus Ofelias y el muaré de sus cabellos.

iv. Muerte por agua

Dicen que la muerte por agua es la más dulce de todas, no lo sé, pero en el espacio literario asume principalmente dimensiones oceánicas: el mar se convierte en el personaje, como es el caso de *El contemplado* de Pedro Salinas o en el escenario que perpetúa íntimos naufragios como en las poéticas de Joyce, Claudel, Pessoa y de su heterónimo, Álvaro de Campos.

Sucede que el ahogado se despoja de sí y las gravitaciones del cuerpo humano lo transforman en su propio navío. *Esa flotación lívida y embriagada* parece estar abstraída de su muerte, ese ahogado meditabundo de Rimbaud[9] guarda para sí un secreto, por eso toda una aldea se conmueve ante «El ahogado más hermoso del mundo» de García Márquez; o por tantos siglos en la historia de la literatura el eterno periplo del Palinuro de Virgilio se perpetúa en la *Tumba sin sosiego* de Connolly o en Flebas el Fenicio de Eliot.

Los adioses nos cautivan. Cuántas veces nos despedimos y regresamos a casa sin nosotros. Cuántas veces ni siquiera pudimos hacerlo y en noches interminables nos decimos: «no he buscado cerrar ningún círculo en los adioses porque me parece que todo en la geografía humana está poblado de muchas líneas horizontales infinitas; desde las palmas de la mano que sólo apuntan al Sur de la memoria pero que al cerrarse en puño guardan para sí la constelada forma de Clitemnestra, Norte invernal que todo lo guía».

Bachelard sostiene que los adioses, los que más nos abaten, tienen siempre algo de partida en el agua, quizá porque el agua del mundo se convoca en nuestros ojos. Toda «muerte es un viaje y todo viaje es una muerte.»[10] Cuando somos los que partimos, apenas nos enteramos, pero una vez que regresamos, podemos ver que sólo quedan los restos de aquellos paraísos provisionales depositados a diestra y siniestra. Quizá la muerte por agua sea la más dulce de todas, porque bebemos a grandes tragos el agua lustral que nos devuelve al primer Mundo.

---

[7] Génesis I, 1. Sagrada Biblia, ver. Nácar y Colunga, Madrid, España: BAC, 1984.

[8] Julio Cortázar (1998). «Tres sonetos eróticos» en: *Algunos pameos y otros prosemas*. Barcelona, España: Plaza Janés: 60.

[9] *...Où, flottaison blême / Et ravie, un noyé pensif parfois descend.*

[10] Gaston Bachelard (1978). *El agua y los sueños*. México, DF, FCE: 117-118.

Sin embargo, a cada uno corresponde una muerte. La tradición oriental y occidental nos hace comparecer ante jueces diversos. Tal vez sea así. Y los talentos de oro que no germinaron bajo tierra o que pródigos dilapidamos, sean apenas una cuenta de gotas encogidas por la ruina de nuestra vergüenza que será entregada al borde de la otra Orilla. O quizá no suceda nada, porque ya hemos bebido del Leteo, y el perdón por las lágrimas que causamos sea una congoja más arrojada por la borda mientras navegamos a través de la Estigia. Y seguramente pronunciaremos los milagros revelados en el Origen de todos los días que «la tierra estaba confusa y vacía y las tinieblas cubrían la haz del abismo, pero el espíritu de Dios se cernía sobre las superficies de las aguas».[11]

Y tal vez entonces Ella como en la Víspera, nos recordará para que la olvidemos.

[11] Génesis I, 1. Sagrada Biblia, ver. Nácar y Colunga, Madrid, España: BAC, 1984.



Dríades



Eva azul



Gustav Klimt (1862-1918)

Nuda Veritas, 1899 [Óleo sobre tela, 252 x 56.2 cm] Nationalbibliothek, Viena

There is only the fight to recover what has been lost
And found and lost again...
For us, there is only the trying.
T. S. Eliot.

Quieta, en el umbral se asoma la otra que ya fuiste
Mujer azul
Urdimbre de las fuentes
Inmóvil en su constante fuga
Quieta,
Segadora de tardes
Que declinaron frente a ti
Sin dejar vestigio de los cuerpos desatados
¿No hay nada en esta hora que converja en tu mirada?
        Hoy - yo Oh
        Oh yo - Hoy
Escucha,
Por ti reverdecen las campanas
Escucha mujer azul, vértigo reposado que se alumbra
Ahí eres la que al mirarte me mira
Desde el incendio encarnado de tus muros
        Ayer - eres
Orla que insufla el viento y nos anima:
Jacaranda en flor tósigo dulce
¿Cómo podría ir más allá de ti?

Pero detrás de mí, nosotros y el verano,
Y apenas en mi costado la sospecha de unos dedos todos hiedra,
Sólo a mi espalda el espasmo y el deseo
El momento de la ronda de las guirnaldas micénicas
Y porque sí su cabellera vuelta una penumbra iluminada.

¿Podría ir, en verdad, más allá de ti?
Quieta y después de todo
Otorgas el silencio de lo dicho
        Ayer - es
Y entonces nosotros y el verano.

Escucha Eva, el incendio de tus muros amaina con la tarde
Afuera las campanas han cesado

Y el agua no dilata el racimo de las fuentes,
¿Cómo podría alentar al que reposa en tu mirada?
En verdad ¿podría ir más allá de sus peces dorados, de sus noches oscuras?
Me resta casi nada.

Mujer veteada de azul, después de todo, eres la que persiste
Inmóvil e intermitente
Eva y Nada, en el umbral permaneces y me sonríes.
Estoy entreverada de ti: yo en tus ojos.

Leda o las muertes del cisne



Gustav Klimt (1862-1918)
Danae, 1907-1908 [Óleo sobre tela, 77 x 83 cm] Colección privada

Más cerca: aliento de mi aliento: no apartes de mí tus estremecedores / miembros: convierte mi dolor en su loco alimento / dejando que tus tigres de suave dulzura entren / lenta y furtivamente en las flores mudas…

e.e.cummings

Voy pues, a desbrozarle al cuello
La desmelenada constancia de tu recuerdo
Para que ya seas tú, no los silencios
El que desborde los ritos
Para que al beso que te anuncie
Ya no le antecedan presagios que dudan de su destino.

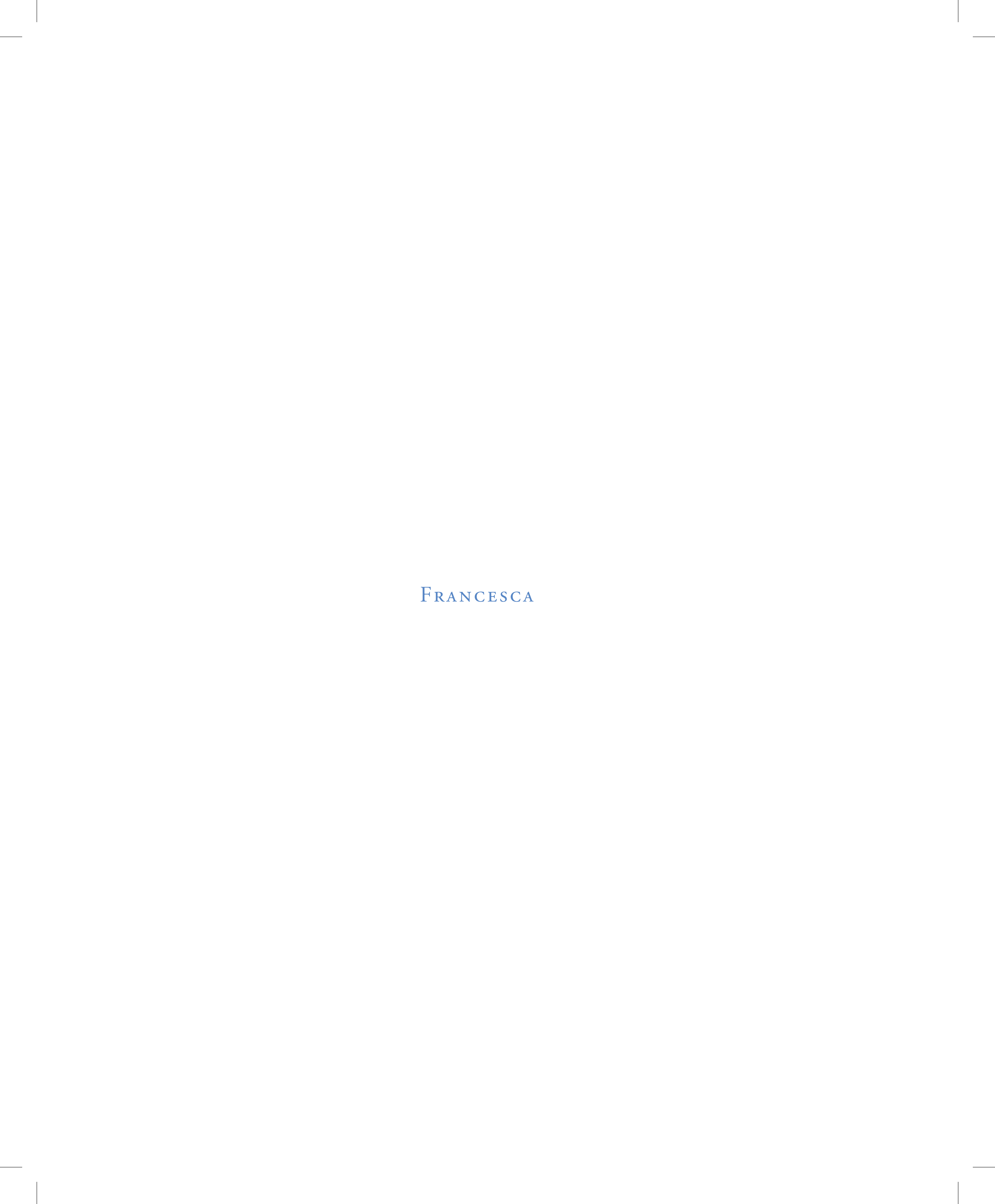
Voy a ser la que irrumpe como una vocación
Que te contiene y te derrama
Para que seamos nosotros, no las miradas
Los que asintamos la dolorosa estirpe del deseo
Para que al grito que nos sostenga
Le siga un silencio que ya no abrase.

Siempre entonces la tregua del amor
Que reconoce en los amantes sus emblemas
Que renueva en la convulsa afirmación de las bestias
La borrasca confabulada de los cuerpos,
Las rendiciones de la carne hecha carne.

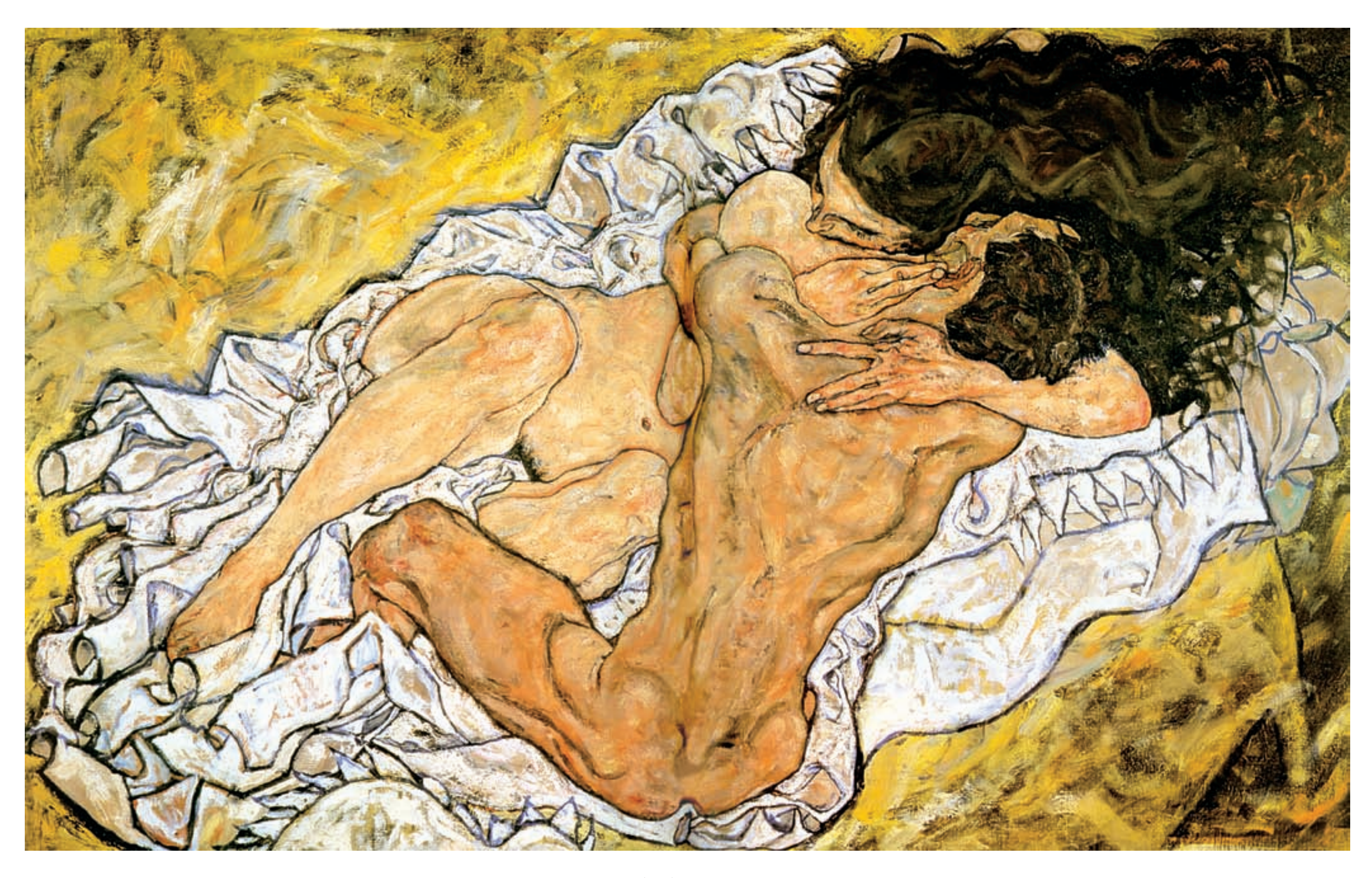
Vamos pues, tú y yo
Estremecidos por la violencia fundamental de los salmones,
Por el ave retenida que aletea junto a otra
El urgente vuelo de animal herido,
Vayamos desde el vaivén de estas palabras dichas voces contenidas
Desde tantos tus nombres y los míos
Desde tantos hasta
A la inminencia de tus sargazos.

Entonces te amaré con la furia del agua
Que se repliega sobre sí para desbordarse toda entera
Para que allí, definitivos,
abracemos ebrios follajes, constantes en su despedida.





Francesca



Egon Schiele (1890-1918)

Abrazo (Pareja II), 1917 [Óleo sobre tela, 100 x 170 cm] Österreichische Galerie, Viena

Saldré del agua / hasta que mis muslos se empapen
de ardientes flores / […] Entrarán dedos
de suave dominio / con pureza de sirenas /
Completaré el misterio de mi carne…
e.e.cummings

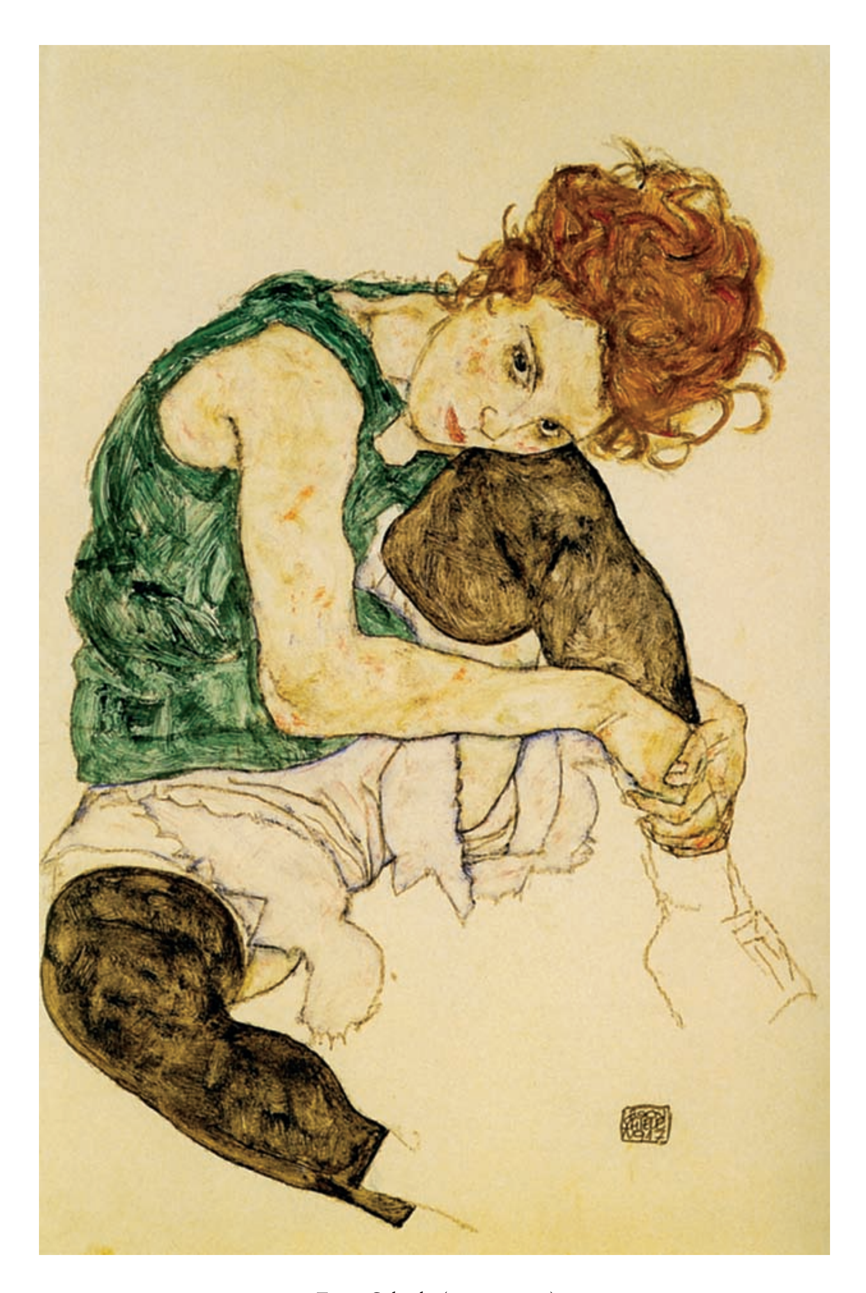
Que quede atrás el Mundo
Vulnerable, me abrazo al Otro que suscitan tus brazos
Y agrego a tus cabellos la locura de mis manos
Y a tu cuello la congoja de mi boca toda labios
Inclinada a poblar el cuenco clavicular que se te asoma
Vulnerable, frente a mí retrocedo por las mutuas constancias
Soy un enroque a medio hacer
Nostalgia de ti sin haberte ganado o perdido.

Soy un adiós que se prolonga en la despedida
Hora pendular en que te siento más mío
En la dactilaria intermitencia que me devuelve
Al Mundo en que el espacio es y las horas no han sido.

Entonces la paz se desborda como un despliegue de olas
Que se consuma en su constante reinicio
Y todo tú eres toda yo soy marejada que se consume
En la caída que nos devuelve Vulnerables



Edith y los girasoles



Egon Schiele (1890-1918)

Mujer sentada, 1917 [Gouache, acuarela y crayón sobre papel, 46 x 30.5 cm] Národní Galerie, Praga

In order to arrive there,
To arrive where you are, to get from where you are not...
T. S. Eliot

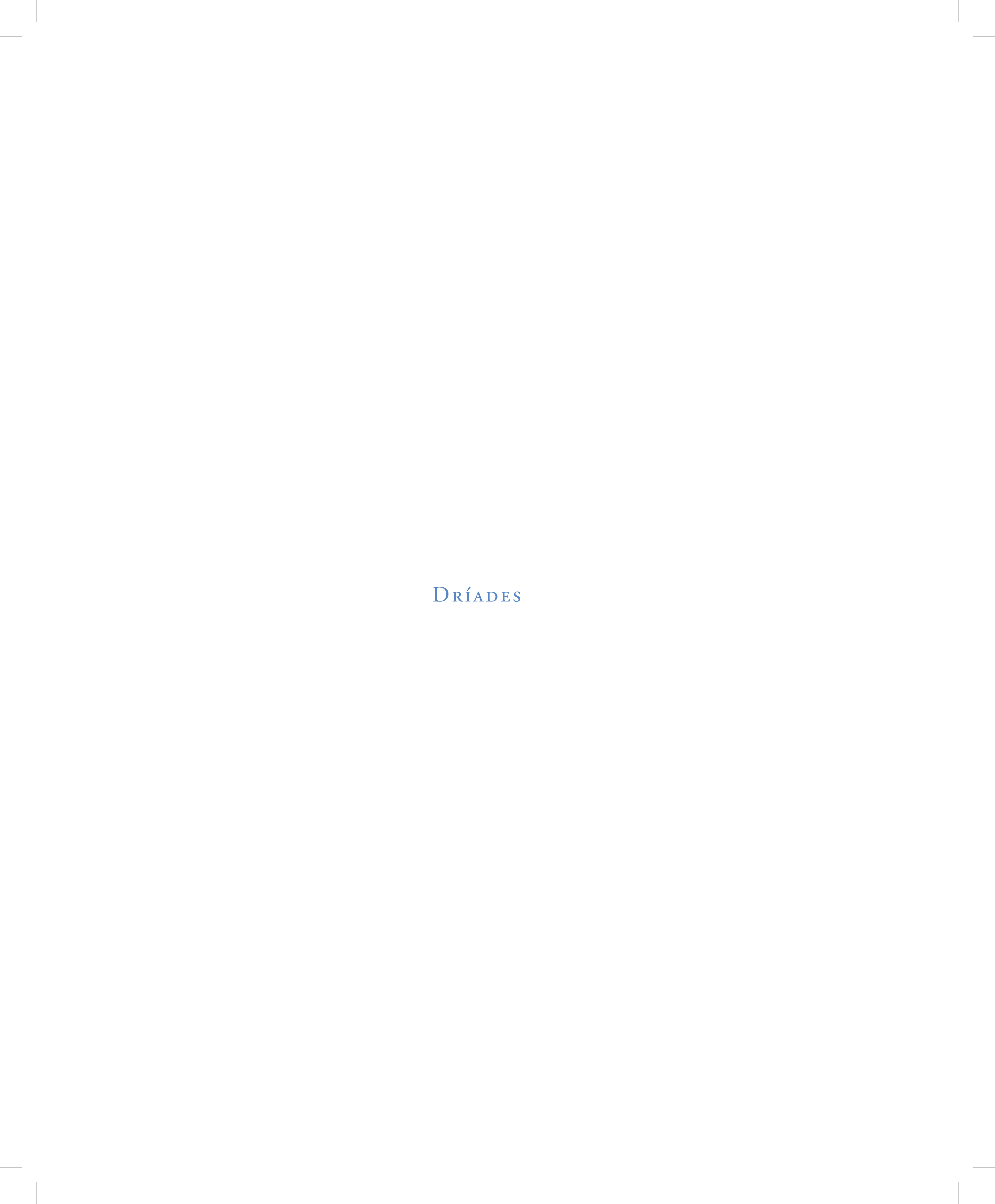
Combada sobre la clemátide de mi cuerpo
te estaré mirando iridiscente
desde esta trémula borrasca fundadora de infinitas líneas horizontales.

He suspendido —por un instante— la danza inmóvil sobre el eje de mí misma,
tan diametral en su centro, tan equívoca en sus gravitaciones,
en tu estación violenta
donde no sé qué ternuras esquivas desatan en tu mirada
el mosto amargo y dulce de la vid.

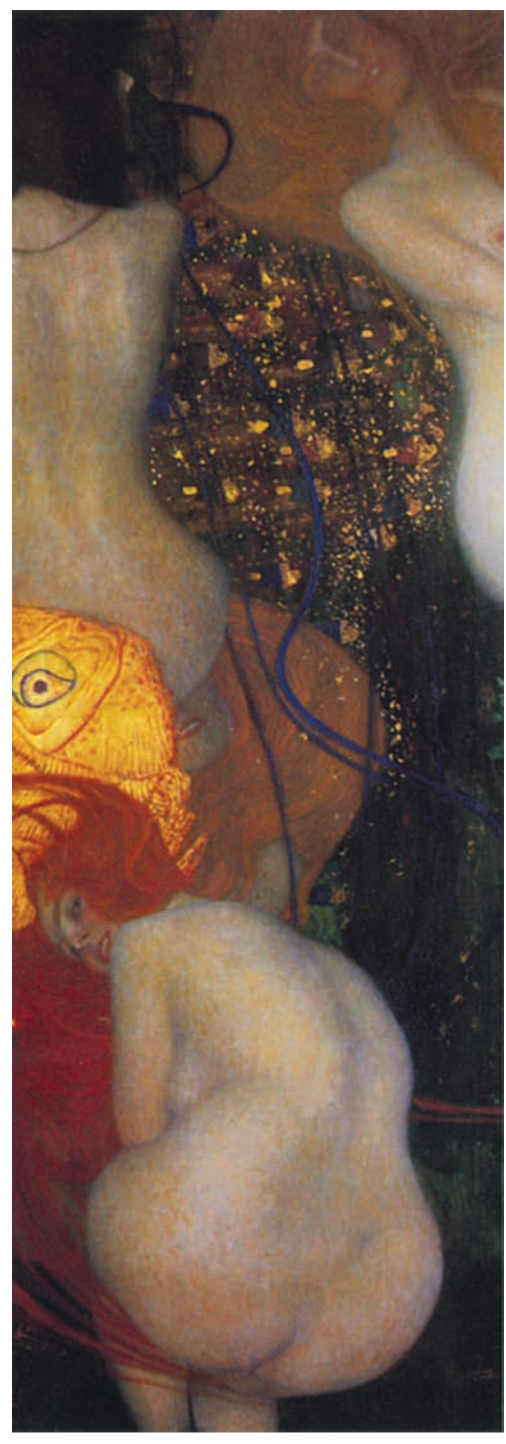
Desde esta estatura ásperamente humana
he acaecido en el gozo y la miseria
y mis ojos, abrasados ya por tantos soles marchitos
hoy sólo son la pausa suspensiva entre lugares
que aquí y ahora en los ojos tuyos están.

Ovillada, te estaré mirando en las rojeces que en férvido amor resu*sc*itas
ahí, donde henchida y madura en las estaciones periféricas
las flores se completan en sus giros.





Dríades



Gustav Klimt (1862-1918)

Peces dorados, 1901-1902 [Óleo sobre tela, 181 x 67 cm] Kunstmuseum Solothurn

Ineluctable modalidad de lo visible.
Cierra los ojos y ve...
James Joyce

Te quebranto paso a paso retenida
Y sin embargo fluyendo en el tumulto de las cosas
Aquellas que se han quedado asomadas en el umbral
Como guías de oro dispuestas a estremecerte
Cuando cobarde y desconfiado niegues mi nombre.

Transeúnte encallado en las sirtes de la ira
Muerto tantas veces en el proceloso ensayo de tus misterios
Extranjero de ti y de mí
Vuelve el rostro por encima de tu hombro
Y verás la cifra de la ruina Una mano agostada toda mueca
Ante el repliegue derrotado de tus dedos.

Dador de acantilados árido de ecos
Ven, desciende a tus laberintos
Abandona las amarras Tus inútiles periplos
Ahí donde se agolpan los restos de naufragios
Seré el náutico vaivén que apacigua el galope de tu cuerpo
—Ahí donde se agolpa el tiempo demasiado
Tarde
De pocas horas que se retuvo en tus ojos—
Seré la que va detrás de ti la que a ti llega
Contorno que declina en la curva de tu cuello,
Apenas escorzo,
Apenas tiempo.

Ebrio de lluvia, cierra los ojos y ve
Las gotas de agua alborotan en el aire
La maceración de las hierbas el sabor de la sal
Vuelve el rostro por encima de tu hombro y ve

Bastaba apenas una vez
Para que las treguas del agua renovaran su alianza en nosotros
Bastó el asombro entre tus manos
Llamarte de modo que la vida se mostrara en tu nombre

Innumerables veces,
Y después de todo, los tributos insensatos del amor.

Cuando te vuelvas
Estremecido como una hoja por cuya nervadura
Sacudí una a una las hebras de la lluvia,
Sabrás que el ápice de tus dedos alberga una fugaz arquitectura:
              Reverberando
    Insolubles reconstrucciones
Me alejaré vuelta hacia ti
—Dríade interrumpida del hábito vertical de su follaje—
Penumbra derramada que te traza
Cabellera alborotada que te trama
Toda pluvial y enredadera.

Siempre pronto cierra los ojos y ve
La hora que fustiga la derrota irremediable del infinito
Apenas es el umbral de una puerta que inaugura residencias temporales
Y eso basta, después de todo
Me alejaré como una duda que no necesitaba respuesta
Dejando tras de mí la ráfaga súbita
De todos los mundos momentáneos
Contenidos en la fuga de las gotas.

Egon en Edith



Egon Schiele (1890-1918)

Pareja sentada, 1915 [Gouache y lápiz sobre papel, 52.5 x 41.2 cm] Albertina, Viena

Pero vienen, decíase a sí mismo[...] / Pero ella iba de la mano del dios [...] vacilante, suave y sin impaciencia. / Sumida en sí misma [...] suelta como larga cabellera, / Y entregada como lluvia que cae, / y repartida...
«Orfeo, Eurídice, Hermes», Rainer Maria Rilke.

Así pudo ver, el vuelo de cientos de pájaros, [...] música en fuga y [...] construyeron una gran pajarera que parecía un bordado suspendido en el aire.
Seda, Alessandro Baricco.

Mira, Abril sí es la estación del deshielo
De torsos desnudos y dedos que urden el atávico grito
            Siempre
En tus ojos la luz será la crispación de una lluvia por venir
Y el lecho, casi isla, una barca estrecha que nos contenía

   Pero Viena vacía su Estación sin Tiempo
   La lluvia Nunca vino Aprisa, Edith
   Deprisa, *Tenía que salir*, lo sabías

Egon, las cosas habitadas se desbordan
   Dichas
Y sin embargo el agua, recuerda el Agua
Tocar una puerta y sus umbrales
El viento estremecía la puerta No fuiste tú
   Era Abril
                  Y sus girasoles
   Las cuatro estaciones
                  Y sus giros
Aprisa, no voltees
En una esquina te aguarda un beso
Pero el corazón se presiente en medio de una radiografía
Lo siento, no lo sabía dijiste, y era verdad, no lo supiste:
el amor depositado en los dones reiterados de tu nombre.

Te estaré mirando iridiscente dijo,
Aquí *no hay tiempo ni tardanza*
Y escribió en su espalda los signos del desvelo
   Él volteó, ¿quién?

Pero recuerda el agua, date cuenta: el Agua *Fue*
No era necesaria su conversión en *Vino*
Y ese fue el milagro.

Porque Tú vuelves desde tantos
Erguidos
Nombres que se marchan
EgonEgon

Porque de tu paso impetuoso de pájaros En fuga
Inmóvil el torso donde izé en tu cuerpo
La crispación de una lluvia
Que echó tu cabeza hacia atrás:
Hacia atrás, Mira,
No hay tiempo robado
Los días pertenecidos son Horas
Dichas
Incompletas Rúbricas:
Lúbrica caligrafía de deslizados miembros
Que tendiste en mi espalda
Conturbado De ti tracé el intervalo
Agostado de los signos
Del cansancio
Serás siempre y de pronto la caricia
Emergida de Tus dedos que hurgaron el temblor
Con el agobio dulce de las Gotas
Que se anegan
Siempre de ti
Violentas persistencias que Penetran territorios
Donde tus dedos fueron las gotas que se agolpan
Y deslizan:
Llovía dentro de mí.

Mira, no hay tiempo robado
A mi espalda, sí, la vida reiterada en el eco que te nombra
Egon, date cuenta, las cosas habitadas se desbordan
De tarde en tarde
Es tarde
Él volteó, ¿Quién?
.

Elvira y las mariposas



Oskar Kokoschka (1886-1980)
La esposa del viento (La tempestad), 1914 [Óleo sobre tela, 181 x 220 cm] Kunstmuseum, Basilea

Y el instante pasa. Mas una vez, y lo haré, había
que hendir la sombra, que no volverá más.
Macedonio Fernández

Let´s live suddenly without thinking
under honest trees [...]
let´s live like the light that kills
and let´s as silence,
because Whirl´s after all...
e.e.cummings

Volver a ti sería
Negar la discontinua respiración del aire
Deshojar el vuelo y mis desanclajes
En mares de trigo que abren y cierran tras de mí
las voces y sus filos:
Volver al bosque de hayas y hubieras
A la dilución de los rostros que espigan en silencio
Los cardos y sus flores.

Heme aquí después de tiempos de crisálidas
Emergida dolorosamente desde tantos pliegues de mí misma
Y envuelta por el tegumento de mis fallos.
Heme pues diestra en conversiones
Suspensión de una trama que distiende
Las ataduras de su seda.

Date cuenta, volver es no volver después de todo,
Es madurar el vértigo de la caída
Pertenecer a la ebriedad del aire
A la doble raíz de los árboles
Que*d*arse
Siempre llegando tras la danza inmóvil de las jacarandas
¿Las recuerdas? Sus dedos pares y plumosos
Tocaban la ventana o ¿se despedían?
Cuando tú y cuando yo y sin embargo
Las irremediables flores encarnadas de mi cuerpo
El atardecer de tus ojos siempre en naufragio
Las hojas y sus giros.

Vuelvo vesperal al albergue de tu fronda
A la rugosa precipitación de tu ramaje
 Verde ráfaga Cabellera encendida
Que hospeda oscilante Abismos azules de un cielo invertido.

 Me quedaré mirandoTEMBLANDOESTÁel racimo de las jacarandas
 El torso desnudo de tu cuerpo:laráfaga
   Blanca
 Detuespaldaelaroma
   Violeta
 Deunaflorquepermaneceabierta:
Cardúmenes estremecidos por la raíz del aire.

¿Habría, en verdad, que hendir la sombra?
Volver a ti y entonces las amarras que arropaban la verticalidad del cortinaje
Desatan sus ondulaciones
   Elle-Vira: ninfa de sal sin su estar de crisálida
Siempre después de todo volver es tan pocas cosas entreveradas de luz
      —mariposas amarillas—
               Y era Noviembre
Tenía que volver De algún modo Todos volvemos por las voces que nos llaman
               Y eran nosotros
Me quedaré mirándote ceñida al vuelo de tus quietas azulaciones
Para despejar la voz
 Al menos una vez
Mira el ropaje provisional del aire:
La orla y sus flotaciones.

Había que AcordarCeñir los lazos
        Momentáneos puentes que soportan en el aire
El paso sostenido de un entreacto horizontal
Que me devuelve las Horas y sus giros:
Elvira emerge de sus propias flotaciones
Y alrededor de ti, apenas
        tu asidua Verticalidad.

Había que sostener una frase dicha al aire
Repetir
  lo
  Irredimible

Para luego dejarla ahí reverberando
Con la finita tenacidad de las hojas veteadas por el sol.

Volver es no volver
Es alargar los brazos al vacío
Ser la momentánea incógnita de una ecuación que nos rebasa
Y solo despejar la voz de vacilantes mariposas
Depositar el paso
Desbordado está el racimo de tu cuerpo el musgo apacienta la tarde y sus trigos:
¿son mis pasos flores cuajadas las que tiemblan?
Sé en mí
Los puentes provisionales donde penden
—mariposas amarillas—
de la doble raíz
Y el Aire
Elvira en vilo
Envuelve la voz encarnada Dicha huésped de tu fronda.



Voluntad de Psiquis



Rembrandt van Rijn (1606-1669)
Hendrickje bañándose, 1655 [Óleo sobre madera, 61.8 x 47 cm] National Gallery, Londres

¿Y yo? Yo deseché todo el dolor y toda la locura.
Envolví mis lágrimas en una hoja de olmo
Y las dejé bajo una piedra
Y ahora los hombres dicen que estoy loco porque arrojé de mí
Toda locura, y la dejé de lado...
Ezra Pound

¿De dónde vienes, dinos, / sombra sin palabras,
que no te recordamos?
¿Quién te manda? / Si relámpago fuiste en algún sueño,
relámpagos se olvidan, apagados
Rafael Alberti

Que cada uno se sirva de sus propias ruinas
Marcel Schwob

Despierta
    Al fin después de las pruebas
A pesar de las pruebas
Dejo junto a ti el oro y el plomo
    Único aliento que te alienta
Rudimentaria lengua de saetas
Que hiende la carne de ímpetu o desprecio.

Qué lástima que solo infundas el deseo
Eros eras y yo creía que
                        Siempre en ti
                    Qué lástima
Porque Fuiste Una vez de tantos años
La luz fuera de quicio el umbral de una noche en que nombré la Causa
    Y era tu nombre
Sí, lo olvidaba:
    Y sin embargo Una última vez Aquí
    La gratitud angular De tu cuerpo:
                            El perfil y sus molduras.

Si lo olvidaba, Despierta eras tú
Un batir de alas, un temblor de hojas
Verde lana de un suéter
    Sí

Porque reclinada frente a ti
Desaté mi talle del lienzo de asfódelos que me ceñía
Inconcluso libro de tapas azules los tigres y Apenas tú
Hoy al fin Pertenecida en la Pérdida
    Recobrada
Virgen cada día al despertar
Anunciada desde siempre Mensajero,
¿Fuiste tú? O ¿fue la compulsión de unos dardos,
        Ciego azar
Que te convirtió en mensajero anunciado?

Al alba Despierta
Abrazaba el espacio acotado de los cuerpos
Y de pronto, tan pronto abrasaba de ti tu agobio de
    Esquivo Deseo
Despierta al fin reclinada frente a ti
La esperma derramada abrasaba
En tus ojos atroces inquisiciones al alba
Qué lástima, Eros, eras de antes de después
    Nunca fuiste Del instante
Y yo, que te miraba Toda entera
¿Lo recuerdas? Llegaste herido De ti
Amor que tregua amar en simples batallas De la resistencia
Amándote es siempre Amante en el umbral De una puerta Al alba
Despierta, Sombra fuera de quicio.

Qué lástima, Amor herido De amor propio
Ciego Pesar el perdón Apenas en ti minado
En nombre de íntimas sublevaciones Me llamabas
    Ven, abrázame sin victoria.

Y yo *creía que Tú castigabas la soberbia De Apolo*
Date cuenta, Ahí, la Victoria es apenas reliquia del remordimiento
Pero Dafne, sí, la de alargados brazos En fuga siempre Sostenida
Voluntad De sí misma Coronada de frondas Y... de pronto
El batir de tus alas El temblor de unas hojas Me llamabas
Psiquis, traigo El perdón de Psiquis Y yo que emergía de un sueño demasiado largo
Aliento de mi aliento Al fin ajena y Recobradas mariposas amarillas Al fin miré En tus ojos
Los falsos convivios Mensajero Siempre de ti Inflexible en precisiones
Tu arco que hiende y atraviesa la carne pero nunca va a penetrar En sus misterios

Date cuenta Amor que no existes Y si hay Mundo no es un designio Ni permanece
El color Fue lo primero En irse definitivos Agostaste los gestos, el aroma, la textura
De las palabras que dijiste Te devuelvo Todo Los puentes, el agua curva de los aspersores
Prorrumpen En mí está la plenitud Esclarecida y sin victorias
Las cosas se mecen y no se esperan Y yo te amaba
A pesar de las pruebas A pesar de mí Urdiste el Placer que nunca concebimos
Mensajero Qué amabas, ¿Anunciadas reconciliaciones?
¿Piadosa consagración del rencor vuelto estrépito y desconsuelo?
Qué lástima que sean tus flechas meras diásporas Del deseo
Que nunca vino Que nunca espero.

Dejo pues a tu lado las lámparas Encendidas
Mariposas Al vuelo había tendido El arco De mis brazos
Te rodeaba Plena De asombros Y tú ensombrecido De Mayo Agosto y sus historias
Ensortijabas de Sospechas Mis cabellos y mi paso desplazaste en meras promesas que esperabas
Y yo estaba y te miraba Toda entera la espesura y el ápice de las cosas No te necesitaba
Apenas éramos el verde y el azul porque no hay Color, Amor, Ciego De ti
Que siempre me esperabas llegar venir Y yo
Entonces me senté a tu lado (*y yo te amaba*) para Verte esperarme llegar venir
Y yo, que nunca llegaba.



Ío



Antonio Allegri da Correggio (1489-1534)

Júpiter e Ío, 1531-1532 [Óleo sobre tela, 163.5 x 74 cm] Kunsthistorisches Museum, Viena

and how can body, laid in that white rush,
but feel the strange heart beating where it lies?
«Leda and the swan», W. B. Yeats

Lentamente, con los ojos cerrados y las pestañas temblorosas,
las comisuras de los labios agitadas por una sonrisa nerviosa,
la niña ofreció voluptuosamente el vello de su nuca, su cuello
y sus hombros al filo cruel del sable de Barba Azul.
«El libro de Monelle», Marcel Schwob

I

El mar está frente a mí
Aquí lejos de ti no me abruma el horizonte donde comienzan los otros mares de arena
He oído sus voces nombrarme
He visto la voluntad encadenada y renacida
Me dijo un secreto que ni tu ira hará que se repita
Las cosas son tan simples, a veces nada abruma
No soy la única, ni la última ternera que se inmola a tu capricho
¿Era necesario sentir demasiado para aprender a dejar de sentir?
    La idea
                    Insaciable
    Es lo que lastima
Mortifica la prosaica cobardía de trocar lo que se ama
    —En verdad cuando se ama Ío soy la que no cesa—
¡Ah mar!
Nunca es demasiado tiempo.

II

He rumiado tanto que ya apaciento la Hora
Aquí frente al mar asiento
No, no es el tábano el que atosiga
He husmeado la espesura del Tiempo
Triturado
El intervalo
Sin ti
Fecundo
De Voces que me llaman
Blanca La ciudad es Sal,
He visto
Sí, yo que recibí piedad de las Inflexibles
Y no necesité de su único ojo
Ve, lo siento:
Mis pasos mudados tienen andar de ancho navío
Mis labios ya no pronuncian la sarta
Ni guardo el ara de Hera
Mis belfos pacen ahora
Las ramas de hinojo que trajeron el Fuego:
Ío ya no inciensa ramilletes de lavanda o tomillo
La alimentan
Soy yo el sacrificio.

III

Porque cuando entraste
Tú eras la bruma extendida alrededor
De mí
Hiciste la noche pero *no había flores en tus manos*
Ío era la adelfa sin saberlo
El tósigo que menoscaba a un dios en mera pulsión
No, no es el tábano lo que atosiga
Es la idea fija
Del último espasmo
                                        Cuando olvidado de ti
Ío te miré a los ojos anegados
                        De ti
Contuve todo el deseo y la furia
       Lo siento
Porque te sostuve desde mi abandono
Y no hiciste nada:
       Terrible
Melancolía que abruma a los dioses cuando callan.

IV

No, no es el tábano insaciable el que me trajo hasta ti
    ¡Ah Mar!
Eres la única Voz que no cesa
    Siempre
    Furtiva
Voy a quedar mirándote
Infusada de sol De hinojos
    La Eternidad apenas
            Batiente
                    Testuz
Que rebosa de ti y se inclina a amar.

V

Cuando vuelvas
Sobrará el asedio
Y mis muslos se abrirán con la batiente luz
Entrevista en las ciudades entregadas.

Sé el oro y la lluvia que fecunda
Vuelos de águila e interroga al agua con su hendir de cisne
Simiente o semental que se derrama En mí
Nada de brumas
No, no es el tábano el que atosiga
Sólo la idea fija de trocar lo que se dice que se ama
Sí, yo te miré a los ojos
Mientras tú
Las hojas mecían el oro y la aceituna
Sola mi piel las Voces y sus médanos
Te había estrechado contra mí
Me llamaban ya
Dorada Y estremecida

Desde entonces rumié
El Tiempo Y su espesura
Fecunda
Cuando vuelvas en medio de tu abundancia
Ío no estaré allí
Te habré estrechado, sí
Mientras la Higuera
Áspera y dulce
De hinojos Perfumada
Inclinaré mi cuello frente a ti
Blanca
La cerviz Cabellera
Derramada
En vigilias que no bastan, no bastaron
Para desaparecer en mí
Lo siento
He visto, las cosas son tan Simples
Postigos de
A veces Siempre.

VI

Y de pronto
Desbordadas las manos
Me inclinaré ante tus inútiles vigilias
Callada y pertenecida
                    Cuando vuelvas a
  Ío No estaré allí
Porque no bastaron los cien ojos de Argos
Vencidos Todos
                    Tardíos e irredimibles Ínacos.

VII

No, no soy la única, ni la última ternera que se inmola
A tu capricho Perplejo De hinojos Los senos perfumados
Ahí donde comienzan los otros mares de arena
Inclinaré ante ti la ría de mi espalda
Áspera de sal Dulce carne de los dátiles
    Fruto erguido entre tus manos
El vello dulce La cerviz
    Blanca media Luna
Girando alrededor de ti Siempre
Vasta y ajena a tu paso de borrasca Tumultuosa
Cuando vuelvas la mirada a Ío
    Toda oblicua
Los labios temblantes de decirte Sí
Isis, yo soy
Ío soy la que no Cesa
Y advierte que mis pechos enhiestos guardan un aire que embiste
Y te mira Toda entera
De leche y ambrosía Desbordada en mí
Cuando te estreche *Ío no estaré* Allí
Dónde comienzas, Ah Mar
Que no cesas Las dunas de mi cuerpo
Vastas y estremecidas inminencias de mi espalda
Que no he visto y eso Basta.



Índice





Dríades María Cristina Preciado
se terminó de imprimir en octubre de 2007 en el taller Pandora
S.A. de C.V., Caña 3657 La Nogalera, Guadalajara, Jalisco,
México. Se tiraron 500 ejemplares en papel couché
de 150 gramos. En su composición, realizada
en Rayuela, diseño editorial, se utiliza-
ron tipos Garamond. La edición
estuvo al cuidado de la au-
tora y Avelino Sordo
Vilchis